



Olga Varela*

Notas sobre la supervisión

Sigmund Freud instituyó la supervisión como uno de los tres pilares de la formación psicoanalítica. El significado de la palabra *supervisión* presenta la dificultad de evocar un trabajo que sugiere la superioridad de un miembro supervisor sobre otro, que es el supervisado. *Supervisión* equivale al trabajo de supervisar que un psicoanalista efectúa sobre otro psicoanalista o candidato, lo que apunta a una cierta posición de superioridad ocupada por un psicoanalista que se presupone que sabe más que el otro, al que se supone que le va a enseñar a trabajar.

Esta dificultad se puede resolver si entendemos la supervisión esencialmente como una discusión entre pares que se encuentran para el estudio del material obtenido en una sesión psicoanalítica realizada por uno de ellos (supervisado), en la que la atención –flotante– no se detiene en el contenido

manifiesto y es sensible a detalles secundarios, rasgos poco estimados, el residuo de la observación y cosas secretas o encubiertas (Freud 1890/2004b), y atiende a lo que en el analista resuena de la palabra del otro en determinados fragmentos del discurso del paciente, que incluye –además de las intervenciones y del trabajo del analista– el saber psicoanalítico de los pares, supervisor y supervisado. Es el compartir el análisis de un caso entre dos analistas y saber que no cualquier analista puede supervisar al otro, ya que el analista que presenta el caso es el analista que realmente sabe, por ser él quien tiene el contacto directo con el paciente y con la transferencia. Pienso que debemos, entonces, lograr que la supervisión se conserve en el terreno de la transmisión y no de la enseñanza del psicoanálisis, tomando en cuenta los múltiples interjuegos transferenciales propios de todo trabajo psicoanalítico.

Freud (1937/2004a) es claro y preciso cuando sostiene que analizar sería la tercera de aquellas profesiones imposibles en las que se puede dar anticipadamente por cierta la insuficiencia del resultado. Las otras dos son educar y gobernar.

Cuando la supervisión tiene como fin enseñar a otro a trabajar, estaríamos en el orden de lo imposible, ya que no se puede dar a otro lo que no se tiene; es eludir la castración del analista supervisor, quien respondería preguntas y resolvería enigmas, con lo que se trabajaría lejos de lo que llamamos psicoanálisis. Es creer que se puede enseñar, pero ¿cómo puedo enseñar a alguien a trabajar analíticamente?, ¿verdaderamente puedo enseñar? Conuerdo con Freud en que no se puede enseñar ni supervisar, sino transmitir. Necesitaré transmitir al supervisado el deseo de trabajar en la búsqueda de la verdad y del inconsciente. Para que pueda advenir psicoanalista, el supervisor deberá transmitir una promesa de novedad. Lo que se transmite, entonces, es el encuentro con lo inesperado, lo sorprendente, lo que nadie espera pero produce efectos, tiene eficacia y potencia, por lo que consideramos la supervisión o discusión entre pares como una segunda mirada sobre el análisis del candidato, como un proceso que se irá desarrollando entre supervisor y supervisado. La supervisión refleja las transferencias en juego, que complejizan y problematizan este tan particular proceso de transmisión que se da dentro del marco de la supervisión y debe ser tomado en cuenta. Se necesitará trabajar juntos en un paciente con las transferencias y contra-transferencias que tiene el supervisado, intentando comprender analíticamente al paciente sin intervenir de una manera directiva para que el supervisado sea respetado en su posición de analista y, de esta manera, pueda advenir como tal. De no ser así, lo que surgiría sería un técnico en psicoanálisis.

El analista que tenga la función de supervisor tendrá la ventaja de no haber participado en la escena original, sino en el *a posteriori*, lo que lo deja libre de la presión que cierta transferencia establece y le brindará la posibilidad de tener una diferente mirada dada por la distancia; funcionará más como un mediador.

En el seminario sobre el síntoma, Lacan (1975/2006) explica que

en el primer tiempo, el supervisado busca la aprobación del otro, por ser necesaria la confirmación de un buen proceder en cuanto a la ética en juego. En el segundo tiempo se juega con el equívoco del analista que supervisa y es el inconsciente el que revelara los obstáculos del supervisado en la transferencia. Se entra en el juego de la pulsión, que igual se da tanto en el análisis personal del analista, como que en la supervisión. (p. 17)

Es en los puntos ciegos del analista que supervisa donde se produce el obstáculo que surgirá en la supervisión, y es por esto que cuando el supervisor toca estos puntos ciegos del supervisado, sin que sea la finalidad ni lo haga explícitamente, comienza a saber acerca del inconsciente, aunque no se interpreta en el dispositivo de la supervisión. Podemos decir que la labor analítica es siempre producida y conocida en la comunicación de inconsciente a inconsciente, donde el punto ciego surgirá como expresión de ese encuentro. Aquí comprobamos que no hay más resistencia que la resistencia del analista, y es imposible que exista algún analista liberado de la posibilidad del obstáculo, el cual al ser señalado hace que la falla no sea la misma después de la supervisión, aunque la falla no desaparezca. Por lo tanto, sostengo que es muy difícil, sino imposible, que se establezca una supervisión sin el análisis personal, ya que el supervisado descubre el obstáculo que tendrá que desarrollar en su análisis personal.

El supervisor tendrá siempre la posibilidad de ser esa tercera mirada y funcionar como un intermediario, como un tercero que separa la relación imaginaria que pudo haberse producido entre el supervisado y su paciente. Cualquier otra manera de trabajar del supervisor lo colocaría como el Sujeto Supuesto Saber que enseña lo que en realidad no sabe, con el consecuente perjuicio para el que es supervisado.

Referencias

- Freud, S. (2004a). Análisis terminable e interminable. En J. L. Etcheverry (trad.), *Obras completas* (vol. 23, pp. 211-254). Buenos Aires: Amorrortu. (Trabajo original publicado en 1937).
- Freud, S. (2004b). Tratamiento psíquico (tratamiento del alma). En J. L. Etcheverry (trad.), *Obras completas* (vol. 1, pp. 111-132). Buenos Aires: Amorrortu. (Trabajo original publicado en 1890).
- Lacan, J. (2006). Del uso lógico del *sinthome*, o Freud con Joyce. En J. Lacan, *El seminario de Jacques Lacan, libro 23: El *sinthome** (pp. 11-26). Buenos Aires: Paidós. (Trabajo original publicado en 1975).

* Asociación Psicoanalítica de Guadalajara.